

30
Cts.

AÑO II N.º 39
11 de julio de 1931

Greta Garbo y Peter Archbell en una escena de la película *Un caballero de fortuna*.

EN ESTE NÚMERO:

Los artistas en la intimidad. — El cine y la moda. — Actores del día. — Música y esplendor del cine italiano, por Maria Lur, etc.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO



Varias escenas de la película enteramente hablada en castellano, titulada "LA FIESTA DEL DIABLO" e interpretada por:



Tony d'Algy, Félix de Pomés, Miguel Ligero, Manuel Russell, Amelia Muñoz, Manolo Vico, Pedro Berreto, José Sierra de Luna y Carlos Díaz de Mendoza



FILMS SELECTOS

SEMANARIO
CINEMATOGRAFICO
ILUSTRADO
DIRECTOR
Tomas G. Larrave



REDACCION
ADMINISTRACION
Diputación 219 Tel. 3022
BARCELONA

REDACCION EN
MADRID: calle de
EL HOGAR Y LA MUJER
Valverde, 30 y 32



PRECIOS
DE
SUSCRIPCION

España y Colonias
Trimestre: 375
Semestre: 750
Anual: 1500

América y Portugal
Trimestre: 600
Semestre: 1200
Anual: 2400



CADA
SÁBADO

NÚMERO SUFICIENTE
50
CÉNTIMOS

DIVAGACIONES CINESCAS LA FUERZA DE LA Rutina

PARA los escritores mediocres, como nosotros, no hay seguramente nada que nos cause tanta contrariedad como el cambio de nombre de las cosas. Porque nosotros escribimos por rutina, con fórmulas estereotipadas que se van reproduciendo de un modo convencional en todos nuestros artículos. Si no, fíjense ustedes que siempre hablamos de «según nos informan», «la estrella de la pantalla», «ha causado sensación», «acaban de rodarse las escenas», «el éxito obtenido en la prueba privada», «el role de protagonista», «la costosa realización del film», «el infatigable animador», «elogiar calurosamente»...

El caudal de frases hechas es punto menos que inagotable. Y no las decimos todas aquí porque bien está que seamos una vez sinceros con el público y le digamos como trabajamos, pero no creemos que sea necesario llevar la sinceridad hasta el extremo de descubrir, sin pudor ni compasión, todos los secretos profesionales. Secretos, por cierto, que nos aseguran unas pesetas para cuando presentemos el trabajo al director...

Si se ha de hacer, por ejemplo, un artículo, una reseña, un comentario, basta con tirar del cajón de las frases hechas y sacar la cantidad de fichas que convenga, según la extensión que haya de tener el trabajo y según la perentoriedad con que se nos pida.

Con las solas frases que hemos copiado más arriba podríamos hacer una gaceta, de estilo cinematográfico, que en nada desmerecería de las que se hacen *ad hoc* en los casos de mayor envergadura. Basta ordenarlas convenientemente y añadirles la oportuna trabazón. Así, por ejemplo:

«Nancy Brenton, la bellísima estrella de la pantalla norteamericana, que logró el favor del público interpretando el role de la protagonista de «El deber de la madre», acaba de rodar las escenas de «El tango del corazón», la última producción del infatigable animador Hooverin. Según nos informan de Hollywood, la prueba privada de «El tango del corazón» ha obtenido un éxito definitivo, sobre todo por parte de la crítica, que ha elogiado calurosamente la costosa realización del film.»

Ya está hecha la gaceta y, sin embargo, ¿qué hemos dicho? No queremos ofendernos a nosotros mismos contestando que no hemos dicho nada, pero sí podemos asegurar que las frases hechas del fichero nos han servido de mucho.

Pues ahora imagínense ustedes el conflicto en que se nos pone cada vez que

hemos de rectificar, añadir o quitar alguna de esas fichas. Decididamente, no hay derecho a que nos inhabiliten así las cosas que sabemos de memoria.

Es algo parecido a lo que ocurre con el cambio de nombre de las calles, a medida que sube o baja el partido político que priva. Lo que antes era Plaza Real hoy es Plaza Republicana, y lo que antes se llamaba Calle del Rey hoy se llama Calle de la República.

Y, a pesar de ello, en la mayoría de esos casos de orden cívico, sigue la gente diciendo Plaza Real a lo que era Plaza Real, y Calle del Rey a lo que era Calle del Rey, como si no hubiese pasado nada. Pero nosotros, los periodistas, que hemos de cumplir la alta misión de escribir para el público, no podemos decir las cosas de cualquier modo, como eran antes, sino tal como son ahora.

Y aquí viene la dificultad: que la fuerza de la rutina puede más con nosotros que lo sagrado de nuestra misión, y hemos de estar siempre ojo avizor para no «colarnos».

Tiempo atrás, por ejemplo, tuvimos gran trabajo hasta acostumbrarnos a prescindir del remoque de «la reina del cine» cuando aludíamos a la Bertini; luego, hubimos de acostumbrarnos, de grado o por fuerza, a decir «el malogrado Rodolfo Valentino»; más tarde, perdimos la ocasión de hablar de «el hombre de las cien caras» porque se murió Lon Chaney, y ahora, con el advenimiento del sonoro, cada vez que hablamos del arte del cine hemos de reflexionar un poco porque, de lo contrario, la rutina de la mano — y de la inteligencia — nos lleva a escribir, como siempre: «el arte mudo», «la pantalla silente», «la escena del silencio»...

Ahora nos queda todavía intacta la sacorrida frase de «el séptimo arte», que resulta hasta un poco elegante y no lleva trazas, por ahora, de que haya de rectificarse.

Con todo, ante el temor de que eso pueda suceder, dirigimos desde estas líneas una encarecida súplica a quien corresponda para que no se altere el orden de las artes y no nos veamos obligados a aprender a decir «el primero», o «el sexto», o «el tercero», o «el cuarto», o «el segundo arte» cada vez que queramos hacer una filigrana retórica al hablar del arte mudo, digo: del arte cinematográfico.

LORENZO CORON

BOLETÍN DE SUSCRIPCION

Trimestre, 375 pts. - Semestre, 750 - Año, 1500

Nombre

Calle

Población

Provincia

Desea suscribirse a **FILMS SELECTOS** por un trimestre — semestre — un año, (Táchese lo que no interese.) A partir del 1.º

El importe se lo remito por giro postal número

impuesto en

o en sellos de correo. (Táchese lo que no interese.)

(Firma del suscriptor)

de

de 193

	ITALOFONE
	D. E. G.

Don N. Alcalá Zamora

Presidente del Gobierno Provisional de la República

Las doce! — Presidencia del Gobierno. Son las doce de la mañana. Treinta, cuarenta personas que desean conversar con el señor Alcalá Zamora. Estoy en el despacho de su secretario, señor Pando. Entran y salen ordenanzas. Porteros, que han substituido al ujier de ayer. Sobre mi cabeza, el retrato al óleo de un personaje del siglo XVIII.

Dos señoritas secretarías cruzan y miran mis zapatos de antilope. Todas las pupilas asentan la puerta que guarda el recinto del Presidente. El secretario tiene sobre la mesa despacho veintidós telegramas. Hay cuarenta y tres cartas a la firma. Tras los cristales del caserón-palacio, la vida vulgar e insignificante. Dos mujerucas con unos crios descalzos. Un pillastre que pasa silbando canciones del populacho. Este sol de junio, que incendia los paseos de la castellana. Las máquinas de escribir funcionan incansables; se percibe, monótono, el martilleo de las letras que chocan rabiamente contra el papel. Yo me acerco al secretario de don Niceto.

—Podré hablar hoy con el señor Presidente?

—Va le he dado su tarjeta. A las doce y media entrará usted con los corresponsales de la prensa extranjera. A la saya, acompañaba una tarjeta del señor Larraga, ¿verdad?

—Exacto, señor. ¿Mucho trabajo?

—Casi todo es del día. Es una labor personal, importantísima, la del señor Presidente. Todo, absolutamente todo, pasa por su mano. Lee y estudia las cartas, las instancias.

Las doce y media. — Diálogos en francés y en inglés. Los periodistas extranjeros se impacientan por ver al Presidente. Se produce un murmullo. Sale el secretario, habla en voz tonante:

—¡Prensa extranjera!

Entran hasta diez y seis. Confundidos unos con otros. Avanzan reporteros impetuosa. Dos hasta avanzan de espaldas. Un muchacho me da un trazo en la cabeza con la máquina fotográfica. Se sonríe.

Todo es perdonable; se busca el éxito informativo. Quien más cerca se encuentre del Presidente, más cosas le podrá preguntar.

Yo no quiero entrevistas colectivas. Me agazapo en un rincón. Habla el señor Presidente. Cuartillas, lápices, plumas. Hay un joven gordito que es un linco. Siempre es él quien espera al señor Alcalá Zamora. En cambio, hay otro que no me explico lo que apuntará. Está rojo, sudado; escribe vertical, horizontalmente; sonríe, sonríe mucho. ¿De qué periódico será este gánapiro?

Sólos el señor Alcalá Zamora y yo. Cine. — Bien de semblante el Presidente. Color sano, rostro tostado por el sol de Castilla. Su cabello blanco; energía en su mirar y los ademanes resueltos.

—De cine, señor Presidente. He llegado a usted para que hablemos un minuto del séptimo arte.

—Concedido. Pero le ruego rapidez en el interrogatorio. Tengo la sala llena de gente esperando.

—¿Considera interesante el cinema?

—Es una manifestación artística valiosísima. Rusia lo utiliza con un formidable sentido de practicismo y propaganda gubernamental. Es la única nación que ha utilizado el cinema para fines sociales. Las películas rusas poseen un fondo moral de trascendencia. Yo siempre fui un buen admirador de este arte joven. Antes, ahora; acudo siempre que desde luego lo merezca la producción. Pero en esto, pasa como en todo lo que se produce por series. Caso de no seleccionar muy cuidadosamente, el público con su indiferencia arruinará el mercado. El séptimo arte ha movilizó en España un capital considerable. Extranjero, español. En ello no puede existir censura.

—¿Cuál ha sido a su juicio el film mejor realizado?

—Antes de venir al cinema hablado o sincronizado. «Reg de reges»; después una película reciente: «El presidio». Considero también interesantísimos estos reportajes gráficos «noticiarios».

—Se ha hablado del «Hollywood Catalán», señor Presidente. En Barcelona, aquellos magníficos palacios de la Exposición. ¿No cree...?



—Estamos ante la proximidad de unas Cortes Constituyentes y no puedo prometer nada. Haga constar, sin embargo, que yo apoyaré personalmente todo proyecto de cinematografía nacional. El cine merece consideraciones y respetos, por lo que se refiere al aspecto social. ¿Algo más, amigo?

—Mi agradecimiento profundo por esta atención. No he querido tocar con usted la nota política. Con esto quiero significarle este pequeño sacrificio en mí; ello, para dar al cinema la importancia que merece y que yo creo debe tener. Rusia, permítame señor Presidente, ha revelado al mundo toda la experimentación recia, maravillosa, pujante y visional del séptimo arte... Ahora ya me voy. ¿Le gusta mi revista?

—Enseño un número de Films Selectos al Presidente.

—Magníficamente impresa y compuesta. Ya se ve el genio creador de Larraga. — (Textual)

HOLLYWOOD CATALÁN

Yo creo, amigos cinematografistas españoles, que después de que pase el período de Cortes Constituyentes, débese actuar con rapidez para la implantación de estudios nacionales en Barcelona.

A mí me parece que en Cataluña existen capitales que puedan dar forma real al proyecto. El cine no es como antaño, pasatiempo de escolares. Además, hoy contiene enseñanzas positivas que grandes personalidades mundiales no dejan de reconocer. Y bueno está que, si los españoles se muestren reacios a la exposición de unos miles de duros, surja la empresa extranjera que vea más diáfano el negocio.

Pero vamos a ver: ¿por qué motivo en España no se pueden hacer las películas españolas que se ruedan en otros estudios extranjeros, films castellanos, con actores del Perú, Chile, Bolivia?

Fundar también al propio tiempo la enseñanza primaria del actor de cine. Hay que traer de fuera buenos «metteurs en scène», «cameramen», hasta «vedettes».

(Continúa en la página 20)



Hemos visto su silueta arrogante y juvenil.

A CARMEN RICO LE ATERRA LA PERSPECTIVA DEL COMUNISMO

FILMS SELECTOS
Hemos iniciado la conversación en un gabinetito de su casa y, apenas comenzada, Carmen Rico me invita a continuarla bajo los álamos umbrosos del Retiro. Quizá es un fenómeno reflejo la atracción que sobre ella ejerce la sinfonía de color de la primavera; primavera es también en su vida, en su arte, en sus devociones...

Emprendemos la marcha, y Carmen lucha breves instantes con su perrito, un gracioso ejemplar pura sangre que parece arrancado de un cojín. El animal quiere mostrar su regocijo saltando alrededor de su dueña e interponiéndose en su camino.

—Come int! — ordena el ama.

El can, británico de origen, no entiende otro lenguaje. Obedece, pero, orgulloso en el fondo del afable dominio que su amita ejerce sobre él, reanuda sus cabriolas. No es extraño. A mi me acometen los mismos deseos, pero hay un maldito barniz social en los humanos que nos obliga, bien a pesar nuestro, a reprimir estos impetus. En fin...

Carmen comienza a hablarme de sus predilecciones. Siente una atracción extraordinaria por las artes plásticas; casi todas las mañanas hace una visita al Museo del Prado: Ru-

bens, el Tiziano, Velázquez, Goya... ¡Cuántas veces ha desfiliado ante esas obras maestras! Una o dos horas extasiada, en muda contemplación, comparando estilos, calidades, tonos...

—¿Después? — interrumpo.

—Después, un paseo breve por el Retiro.

—¿Sola?

—Con mi perrito únicamente.

En efecto, dice verdad. No es la primera vez que, buscando reposo y aislamiento entre las arboledas de nuestro parque, hemos visto su silueta arrogante y juvenil deambulando, el paso lento, un librito abierto en una de sus manos, y la otra, acariciando maquinalmente al perrito, atravesar por entre los bojés recortados del Parterre, apoyada contra los puentecitos rústicos de lo que fué Exposición Filipina, o sentada sobre la balaustrada que bordea el estanque del Palacio de Cristal.

Como toda entusiasta del cinematógrafo, siente la nostalgia de la cámara; se muestra pesimista acerca de la producción nacional y, en consecuencia, brota de sus labios una palabra que es hoy como una consigna entre los actores es-



Casi todas las mañanas hace una visita al Museo del Prado.

pañoles: Joinville, el escalón de Hollywood. Conversaciones, ofrecimientos, propósitos; nada resuelto en definitiva; no obstante, el nombre de la localidad francesa continúa fijo en su mente. Triste es confesarlo, pero con Carmen Rico no terminará, ni mucho menos, el éxodo de nuestros artistas.

A mi linda compañera no le agrada el tema por lo mismo que procuramos no hablar de un ser que huyó y a quien se ha querido mucho. Un ladrido de su perro, un contraste de luz, es motivo suficiente para cambiar la conversación. Y Carmen Rico habla, habla mucho y ríe, ríe sin cesar; como si con su risa y con su charla quisiera aturdirse y conjurar algún pensamiento ingrato.

Por entre un túnel de álamos, a través de cuyas ramas el sol se desgrana en sonrisas de luz, desembocamos en una plazoleta pequeña y silenciosa. Bajo una bóveda de verdes cambiantes, que prestan al lugar sombra acogedora, un banco rústico muestra los brazos de su respaldo extendidos, como una tentación ineludible a la meditación y al reposo.

Carmen toma la iniciativa; la imito. Hay una pausa, ni tan prolongada que dé lugar al inevitable «¿decíamos?», ni tan breve que impida escuchar el canto de un pájaro o el murmullo de un arroyuelo cercano.

—¿Es usted romántica?

—Un poco. Creo que para ser felices necesitamos algo de romanticismo, pero no demasiado.

Pronuncia estas palabras de un modo maquinal, con el pensamiento puesto en otro lugar quizá semejante a éste. Me habla después de sus viajes, de los países que ha visitado. Sabe del bullicio de París y de las brumas de Londres. Después, de Sevilla, de su Semana Santa, del barrio de Santa Cruz. Aquella Plaza de doña Elvira, silenciosa, recogida, sonriente, donde las mujeres huelen a flores y las flores, a mujer; marco delicioso para el amor, bajo los reflejos plateados de la luna y en cuyo fondo, destacando su arrogancia ingente sobre el lienzo de un cielo azul purísimo, la Giralda, vigila y protege de toda acechanza impura el sueño de oro de los enamorados...

Una risa femenina desvía por un momento el curso de la

(Continúa en la página 28)



...apoyada como los poetas clásicos de la que fue Exposición Filipina

VUELVE a afirmarse, esta vez con visos de verosimilitud, que el cine italiano resurge, resucita. Al-
gún ensayo visto recientemente parece demostrarlo. ¡Por su gloriosa historia, por su posible porvenir, ojalá fuera cierto!

Si. Tiene el viejo cine italiano — en cinematografía, quince, veinte años, son vejez — un historial glorioso. Las flechas lanzadas desde Francia por los hermanos Lumière, desde Norteamérica por Edison y sus colaboradores, hicieron su primer blanco en Italia. El predominio teatral de que a la sazón gozaba este país, su larga tradición mimica, interpretativa, la hicieron suponerse la llamada a teatralizar, a espectacularizar el recién nacido invento... Y, en efecto, es Italia la primera nación productora de films que se lanza a la aventura de las magnas empresas. Es sólo 1908 cuando nace en Turín la «Ambrosio-Film», a la que sigue inmediatamente la «Pasquali-Film», y la «Itala-Film» un poco más tarde.

Es sólo 1912 — los americanos no habían aún salido de las burdas farsas que ellos mismos denominan «de golpe y porrazo» —, cuando esta última editora lanza al mundo su «Cabiria», que, realizada dentro de los medios limitados de la época, tiene derecho a ocupar todo un capítulo de la «Historia del Cine». En seguida Roma levanta, a su vez, soberbios estudios: son la «Tespí-Film», la «Latium-Film», la «Savoia-Film», el «Film de Arte Italiano», la «Roma-Film», y, en fin, la mayor de todas: la «Cines». Y existen, asimismo, «Tiber-Film», «Palatino-Film», «César-Film», «Medusa-Film», «Nova-Film», «Lombardo-Film», «Armenia-Film», «Milano-Film», «Camerio»... De 1914 a 1919 cuéntanse en Italia — a pesar de la guerra, que corta de raíz toda producción en Francia y Alemania — veintidós casas editoras, filmando sin descanso de noche y de día...

Tal actividad produce — activamente, cinematográficamente — sus frutos. Las taquillas responden a la magnitud del esfuerzo. Los asuntos se seleccionan cada vez con puntos de mira más ambiciosos. Surgen las grandes estrellas, ídolos del público, precursoras de los actuales astros trasatlánticos. Se llaman: Hesperia, Pina Menichelli, Gustavo Serena, Emilio Ghione, Tullio Carminati, María Jacobini, Alberto Collo... Y, sobre todos, Francesca Bertini.

Francesca Bertini, que comienza representando papeles de apasionada campesina, y pronto deriva, insensiblemente, hacia un tipo «standard» de gran dama serpenteante y vampírica. Francesca Bertini, cuyos atavíos relucientes y acariciadores, cuyos gestos y ademanes insinuantes, trastornan el juicio



Elena Vitellì, en el mundo del cine Francesca Bertini, en la película «ODETTE»

DE LA HISTORIA DEL CINE

MISERIA Y ESPLENDOR DEL CINE ITALIANO

las antiguas masas corales, pronto se desprenden del lastre teatral, y — con la importancia de revelación que el cine otorga a sus elementos — no tardan en «robar» las películas (como más tarde dirá el «argot» de Hollywood) y colocarse en primer plano.

Hay ya millones de liras en danza... «Los últimos días de Pompeya» no valen menos de siete millones. Mas ¡ay! «Los últimos días de Pompeya» son también los últimos días... de la cinematografía italiana.

Veamos, en un próximo artículo, cuáles son las causas.

María Luz Morales

a toda una generación de candorosas espectadoras, que la imitan a ciegas... Francesca Bertini, que caracteriza toda una época, que merece asimismo, por tanto, un extenso capítulo de la «Historia del Cine», Francesca Bertini, digna y aventajada precursora de las Murray, las Duncan, las Tashman, las Garbo, las Dietrich... Francesca Bertini, precursora también en imponer — con sus ropajes negros, brillantes, envolventes, su cuello de cisne, su esbeltez de efeto — el gusto de la línea por encima del de la plástica. Francesca Bertini, primera «maestra de amor» en el cine, Francesca Bertini, creadora del «bertinismo»...

Y, al mismo tiempo que las estrellas de cara al público, tras la cortina comienzan a surgir, a educarse cinematográficamente, a triunfar, en fin, los realizadores. El propio Ghione — actor, director y autor — Negróni, Pasquali, Caserini, Piero Fosco, Genina, Doria, Gabriellino d'Annunzio, hijo del Gabriel grande. Nace una producción nacional característica, propia, cuyos rasgos peculiares son el ancho aliento ambicioso, el respeto a la tradición teatral — y aun la intromisión teatral, especialmente en lo que toca a los intérpretes —, la dilección por los temas históricos, de grandes proporciones, y — por primera vez — la utilización de la comparsa y el movimiento de masas.

Es en este aspecto justamente, donde puede decirse que la cinematografía italiana primitiva es digna precursora de las producciones germanas y americanas de los tiempos de madurez. La citada «Cabiria», «Julio César» (cuyo protagonista fue Amleto Novelli), «Cicernacchio», «Oberdan», «Attila», «Los Borgias», «Los dos Foscari» y, sobre todo, «Quo vadis?», incluyen ya grandes masas de comparsa, que, si en un comienzo siguen la pauta de colocación y movimiento de

¿MI PRIMER AMOR?

CONFIDENCIAS DE
WILLIAM COLLIER

Mhe visto en un verdadero aprieto al tratar de cumplir mi promesa de contar al público las incidencias de mi primer amor.

No me acordaba de cuándo ni cómo sucedió en mí la gran revelación. Pero como no soy hombre que deje de cumplir lo que promete, aun cuando la promesa sea todo lo espinosa que es en este caso, me he lanzado con empeño a la busca y captura de ese primer amor en mi archivo de cartas y he tenido la suerte de dar con él en seguida.

El recuerdo ha surgido al leer la siguiente nota:

«Estimado William: Accediendo a sus deseos, estoy dispuesta a escucharle. Acudiré mañana a las tres al parque N... Su affma. F.»

De súbito, me ha parecido estar viviendo aquellas horas inolvidables de mi juventud, aquel momento en que recibí esta primera esperanza de amor en un billete perfumado.

Pero hagamos antes un poco de historia: ¿Quién era yo entonces? Un jovencito imberbe, tímido y sentimental. ¿Quién era ella? ¡Ah! Eso no lo sabrán ustedes. No lo sabrá nadie más que ella y yo. En Hollywood, como en cualquier parte del mundo, hay personas discretas, aunque la gente crea que aquí todo son envidias, vanidades y cotilleos.

Ni siquiera la describiré, aunque ahora, al evocarla, me parece tenerla delante, con su cintura flexible, su fresca y candorosa sonrisa, sus... ¡Alt! Hemos quedado en que no la describiré.

La conocí... Francamente no recuerdo cómo ni cuándo. Tampoco es un detalle de importancia. Baste saber que entre ella y yo existía una amistad superficial. Creo que la había visto un par de veces en una casa conocida de ambos. Sabía cómo se llamaba por haberla oído nombrar a nuestros amigos comunes. Probablemente, ella estaba en el mismo caso con respecto a mí.

Un día, de pronto, me di cuenta de que la amaba. No les extrañe a ustedes lo inopinado y repentino de esta revelación. Cuando Cupido se dispone a lanzar una flecha, si la víctima es un mozalbete, si siquiera se digna decirle: «¡Ah! val!» En cambio, si se trata de personas serias y maduras, les avisa con mucha anticipación y les da tiempo a hacer un análisis detenido del amor nascente e incluso a ahogarlo en un mar de razonamientos.

(Continúa en la página 20)



FilmoTeca

Gary Cooper y Marlene Dietrich en una escena de la interesante película «Marruecos», de Paramount.



Janet Currie, actriz de
la Metro-Goldwyn-Mayer.





Joe E. Brown

SILUETA

El nombre completo de Joe E. Brown es Joseph Evans Brown; pero cuando se le llama así sonríe. Nació en Holgate, Ohio, el 28 de julio del año 1892, de padre inglés y madre alemana, y vino a hacer el número siete, el afortunado siete, de una dilatada prole. Su educación empezó en la escuela municipal de Toledo, ciudad a la que poco antes se había trasladado su numerosa familia.

Desde que el niño tuvo uso de razón, manifestó aspiraciones de formar parte de una compañía acrobática, y sus deseos se realizaron cuando aun no había cumplido los nueve años. En muy breve tiempo llegó a ser el miembro más joven de los cinco maravillosos Ashlons, grupo de acrobatas aéreos, que era la principal atracción del Circo Ambulante de Ringling.

Trabajaba durante las vacaciones de verano y volvía a Toledo en otoño. Jamás se quejó el pequeño Joe a sus padres de los malos tratos que le daban, ni de lo escaso de la alimentación, por temor a que le impidieran volver al Circo y perder esta ocasión de ayudar a su familia.

Tenía Brown 15 años y hallábase trabajando con su compañía en San Francisco de California el año 1907, cuando tuvo lugar el memorable terremoto. El muchacho contempló asombrado la catástrofe, como si fuera un espectáculo preparado para su especial entretenimiento. A la temporada siguiente se contrató con otro empresario aun más inhumano, con quien permaneció dos años.

Estando en el ensayo, su brutal jefe le advirtió que si no daba bien un peligroso salto que estaba aprendiendo «ya vería lo que le pasaba»: la advertencia puso nervioso al juvenil artista, que, involuntariamente, repitió la falta, y el bárbaro cumplió su amenaza, dejando caer al mozo, que se rompió una pierna. Al trasladarse el Circo a otra ciudad, dejaron abandonado al infeliz herido.

Tan pronto como éste recobró la salud, sin que afortunadamente quedara lisiado, se dedicó a profesión de baseball, habiendo formado parte de los Clubs St. Paul y Yankee. Es un jugador entusiasta, que ha llegado a poseer su propio team compuesto de semi-profesionales.

Como sus condiciones personales le hacían muy apto para desempeñar papeles cómicos, decidióse a probar fortuna en el teatro, y no tardó en hallar oportunidad de presentarse en un escenario neoyorquino en una comedia burlesca. En seguida se dieron cuenta los empresarios de su valía y utilizaron su inagotable gracia en revistas y comedias musicales, en

(Continúa en la página 24)

Joan Crawford



En la parte superior, vemos a la ilustre artista de la Metro-Goldwyn-Mayer en su domicilio durante el noviazgo con el que hoy es su esposo, Douglas Fairbanks (hijo) y a la derecha, con su madre doña Ana Belle Le Soeur.

EL CINE Y LA MODA

Varios modelos de trajes de baño, presentados por conocidas artistas de la pantalla.

LILL ROTH



NANCY CARROLL



MARY CASLISLE



JUNE MAC CLOY



Filmoteca
de Catalunya



ACTORES DEL DÍA

El popular cantador de tangos, Carlos Gardel,
que actualmente trabaja para la pantalla sonora.



La artista de habla española Lupe Vélez



Richard Arlen



Mary Brian

LOS ARTISTAS TRABAJAN

Ann Harding



Cree gran parte del público que los artistas llevan, fuera de los estudios, una vida reglada de diversiones y paseos, que no les deje libre ni un momento para cuidarse del hogar.

Por estar tan extendida esta idea, hacemos y haremos hincapié en lo falso de ella, probándolo con datos gráficos de la vida particular de los mismos artistas cinematográficos.

En esta página hemos reunido las fotografías de Richard Arlen, Ann Harding y Mary Brian, en las que se les ve dedicados a menesteres ajenos por completo a sus actividades ante la cámara y a su vida de sociedad. Aquél se dedica a pintar los muros de su domicilio, Ann Harding ayuda a construir su futura casa y Mary Brian siega cuidadosa y modernamente el césped de su jardín. — Juan MIRA



Anita Page haciendo ejercicios gimnásticos para conservar la línea

GARABATOS CINEMÁTICOS

DEPORTE Y BELLEZA

Me dijo en cierta ocasión un amigo, que le extrañaba esa belleza que «siempre» manifiestan las artistas de cine y esa juventud perenne y esa perfección de línea que exige la moda para que resalte la figura esbelta, gentil, armoniosa...

Si supiera el extrañado amigo el calvario que han de pasar esas infelices mujeres ante sus tocadores, trabajando horas y más horas para no perder el divino tesoro de su juventud, las compadecería... Gimnasia, régimen alimenticio, baños, masajes, intervenciones quirúrgicas, todo esto lo practican con tenacidad, con fe, con el anhelo de no perder su belleza, sus naturales encantos.

Una estrella del séptimo arte que no sea bonita, que se deje robar la esbeltez por la evolución natural del tiempo, ya puede retirarse... será una vencida, una fracasada... La belleza de las stars cinematográficas tiene algo de sobrenatural, de prodigioso, de enigmático... Por algo son el resultado de una selección de bellezas mundiales, lo mismo la niña precoz, que la chiquilla de talle fino y ojos inocentes, que la frágil adolescente.

La moda de las mujeres deportivas, fuertes y ágiles, ha acabado con todos los romanticismos; y así vemos a Anita Stewart, por ejemplo, que era una muchacha delicada, de breves «maillots» y melenas cortas, y al cabo de unos meses, debido a sus ejercicios físicos, un tanto hombrunos, se «convirtió en la «american girl» más en forma.

Y nos dicen que Dorothy Sebastián ha pasado un mes en la playa, tostándose al sol, y como su espalda ha quedado dividida en dos zonas: la blanca que fue protegida por el «maillots» y la tostada, ha tenido que tomar la resolución heroica de dejarse proyectar — con una pistola de esas que se usan para pintar automóviles — una capa de color uniforme para dejara presentable ante el director de escena...

También estamos enterados de que la monísima Lee Parry, para conservar la línea, necesitaba dedicar un par de horas diarias al «sport» del remo, pero como no se tiene siempre a mano un río, un lago navegable o una orilla de mar donde se pueda, con una lancha, darle a los remos, se ha mandado construir un aparato que, colocado en una de

las habitaciones de su casa, puede dedicarse a remar (en seco), pues el movimiento es idéntico y los efectos a gusto de la «estrella» cinematográfica.

Nos gustaría ver la cara que pondrá, por ejemplo, Greta Garbo, haciendo gimnasia, luego una hora de masaje y, por fin, sin chillar, que le arranquen una docena de pelitos de las cejas, y acabar dando un paseo atlético de tres o cuatro kilómetros...

O bien a una Mary Pickford saltando a la comba, o a una Billie Dove partiendo troncos con una hacha y sudando a mares, o a una Marion Davies nadando como una sirena... y todo por la línea, por conservar esa terrible línea que es la pesadilla de todas las artistas que llegaron al pináculo del séptimo arte. En lo tocante al régimen de alimentación que observan las estrellas del cine para no engordar más de lo «estipulado», hay casos verdaderamente cómicos por lo raros. Las hay que comen acelgas a todas horas, manzanas a todo pasto, zumo de limón con agua caliente en ayunas, naranjas por docenas diariamente... A Mona Maris, según dicen, le gusta la equitación y las salsas de tomate; a Clara Bow, los deportes acuáticos, la

langosta y los berros; a Bebé Daniels, la esgrima del florete y los plátanos fritos con mantequilla; a Jeanette MacDonald, el golf y las perdices a la vinagreta; a Dolores del Río, el atletismo y el pescado blanco hervido y aliñado con aceite crudo; a Laura La Plante, la natación, las magras de ternera y el mantecado...

Aparte de que cultiven los demás deportes y ejercicios físicos, todas tienen uno preferido, así como un plato o un postre que no abandonan nunca en sus menús, y aun cuando no aceptan un régimen de rigurosa dieta, cuando se trata de conservar la línea ayunan muchas veces y lo poco que comen está exento de grasas.

Con todo, hay que convenir en que la belleza muchas veces no es precisamente la única, ni siquiera la más valiosa condición de una posible estrella de la cinematografía.

Manuel C. Pail

Duncan Renaldo TIENE SINDICADAS A SUS ADMIRADORAS

por MARIO PALERMO

SIMPATICÉ, desde el primer día, con este galán de la pantalla, que tantos estragos está haciendo entre el bello sexo. Actualmente es uno de los actores cinematográficos que más correspondencia femenina reciben. He pretendido varias veces que me enseñe algunas de las misivas que le remiten sus apasionadas admiradoras, pero nunca me ha permitido ver su correspondencia. Por un sentimiento de delicadeza, siempre se ha presentado hermético ante mi capricho.

Una tarde azul, como las de España, me lo encuentro paseando. Me uno a él, e insisto en mis pretensiones. Duncan sonríe y me responde con asuntos de cine y de los estudios, que son los que le entusiasman, por ser un entusiasta de su profesión.

Como persisto, me indica:

—Si quiere ver una tarde a mis admiradoras, vaya por casa el día veinticinco. Reúno a unas cuantas.

—¿Es cierto?

—Se lo aseguro. No falte y las verá por sus propios ojos.

Continuamos el paseo, y al despedirnos, me advierte:

—El veinticinco, ¿eh?

No es necesario decir que estuve esperando el señalado día para acudir presuroso a casa de Duncan Renaldo. A las cinco de la tarde me presenté en casa del excelente actor, deseoso de averiguar la cantidad y la calidad de sus visitantes.

Fui recibido amablemente por mi buen amigo, y me pasó a un espléndido salón, donde se hallaban una veintena de muchachas a cuál más bella. Prescindió de la presentación individual, y nos sentamos entre ellas.

Los criados nos sirvieron un succulento té, que resultó una abigarrada merienda.

—Estas son sus admiradoras, ¿verdad? —le pregunté.

—Hoy son éstas. Otros días vienen otras. Quiero complacerlas a todas.

—Nunca estuvo caballero de damas tan bien servido... —elogio.

Ellas charlan y van derramando el sonido suave de sus risas.

Mientras, Duncan me va explicando:

—A mis admiradoras las tengo sindicadas. Le parecerá una cosa absurda, pero es cierto. Las impongo de su cometido si quieren pasar un rato agradable a mi lado, para que yo lo pase tan agradable como ellas. La primera condición es no hablar de amor. Aquí se puede hablar de todo menos del amor. Es una cosa que detesto.

—¿Por conocido?

—¡Por demasiado conocido!

—¿Algún desengaño?

—No. Es, sencillamente, porque lo creo una cosa tonta. Me parece una de las

fórmulas más inútiles de perder el tiempo. El amor va rodeado, siempre, de algún interés, que lo va mutando poco a poco.

Se queda meditando unos minutos, y prosigue:

—Otra de las condiciones del reglamento es que no han de acudir solas a visitarme. Así no puede haber el peligro del enamoramiento. Todas juntas están más seguras... y yo también.

(Continúa en la página 24)



DUNCAN RENALDO - Metro Goldwyn - Mayer



UN CUTIS DE PORCELANA

terza, fino, transparente, será la envidia de sus amigas; lo obtendrá EN EL ACTO de aplicarse un poco de

ESMALTE MILLAT

Pídalo en las perfumerías; lo hallará en tres calidades:

ESMALTE NORTEAMERICANO

Embelace instantáneamente, frasco 8 ptas.

ESMALTINA MILLAT

Combinación de esmalte y crema, frasco 10 ptas.

ESMALTE NILO-MILLAT. Producto de gran belleza, frasco grande para 3 meses, 13 ptas.

Enviando su importe en sellos a Especialidades MILLAT, Apartado núm. 541, Barcelona, lo recibirá certificado.

DON NICETO ALCALA ZAMORA

(Continuación de la página 5)

Como ya dije, la «Sowkino», casa productora soviética, tiene un programa de producción fantástico para el año actual, 1931, de ciento sesenta films silenciosos, trescientos cincuenta films llamados culturales y cincuenta films sonoros.

Esto emplea regularmente de dos mil a tres mil personas, sin contar el personal flotante y los innumerables artistas y figurantes.

Yo creo que los proyectos de los españoles se limitan a la mesa de café. A protestar contra una empresa extranjera cuando hace lo que a nosotros se nos ocurrió bromeando.

Amantes de la hora perdida y de la mesa de billar.

Yo creo que aquí, eso de empezar a filmar a las ocho de la mañana... Somos, además, una raza de apáticos. A mí me revienta por eso el patriotismo. Soy un internacional convencido.

LUIS SÁINZ DE MORALES
Madrid, Junio

A Carmen Rico le aferra la perspectiva del comunismo

(Continuación de la página 5)

conversación. A través de unos arbustos avanza lentamente una pareja de enamorados.

—Allí pasé yo una noche entera — continúa, sin perder de vista al hombre y a la mujer.

Y corona la frase con un suspiro profundo. A mis labios acude rápida una pregunta que por imprudente me trago *ipso facto*. ¡Qué inocente es uno! Como que me iba a contestar. Sin embargo, mi interlocutora, con ese fino instinto de percepción que es patrimonio exclusivo de la mujer, me dice sonriendo maliciosamente:

—Sólo le diré que nunca he comprendido en toda su grandeza el encanto de amarse de noche a través de una reja y entre un celaje de geranios y claveles hasta que conocí Sevilla.

Esta confesión trae entonces a mi memoria — también yo tengo derecho a recordar — la letra de una bella canción:

«Todo te invita al amor;
tienes el cielo por techo,
una góndola por lecho
y un ardiente trovador.»

En fin, como la cosa se pone fea y hoy propendo a la cursilería de una manera alarmante, comienzo a hablar de mil cosas, apresuradamente: de política, del nuevo régimen, de la posibilidad del amor libre en fecha, por fortuna, no lejana quizá.

—¿El amor libre? — arguye rápidamente —. ¡Calle usted, por Dios! El otro día...

Y a media voz me repite una frase que escuché recientemente a su paso por delante de un grupo de desocupados.

—¿Usted cree que eso del amor libre llegará? — me pregunta con un gesto de inquietud en el semblante.

—¿Yo? No sé...

Mascullo una respuesta ambigua, porque, ante todo, soy sincero y no quiero llevarle la contraria a mi deseo.

Pero, en fin, para que todos lo sepan diré que a Carmen Rico le aferra la posibilidad de que las mujeres bonitas lleguen a ser del dominio público.

ALFREDO MIRALLES

¿MI PRIMER AMOR?

(Continuación de la página 9)

Pero yo no tuve tiempo de pensar nada. Fué una tarde en que, sin duda, estaba más bonita que de costumbre, o que a mí me pareció que lo estaba. El caso es que bastó que por pura casualidad nuestros ojos se encontraran una vez y yo creyera descubrir en ellos un brillo de simpatía, para que me sintiera tan emocionado como si me tuviera que casar con ella aquel mismo día.

A partir de entonces, procuré que los encuentros se produjeran con frecuencia, y muy pronto pude hacer un descubrimiento desolador. No tenía valor ni siquiera para decirle «buenos días».

Esto me tuvo muy preocupado algún tiempo, hasta que, al fin, di con una idea que me pareció genial. Le escribiría, pero no declarándole mi amor, pues eso habría equivocado a confesar mi cobardía, sino pidiéndole una cita para hablarle de «algo muy importante para mí». Así, si ella me contestaba accediendo a mi petición y me indicaba lugar y hora, yo, con timidez o sin ella, temblando o sin temblar, no tendría más remedio que acudir a la cita y decirle aquello «muy importante para mí» que le había anunciado. No dudaba de que pasaría un mal rato al principio, pero pronto se impondría el calor de mi pasión y estaba seguro de que la cautivaría con mi elocuencia.

Le escribí y dos días después recibí la contestación que he copiado al principio de estas confesiones.

Al día siguiente, a las dos y media, estaba yo en el lugar de la cita, a las tres menos cuarto empecé a fumar nerviosamente, a las tres menos cinco temblaba y desde las tres hasta que llegó ella me pareció que estaba en una trinchera esperando la llegada del enemigo.

No quiero decir cuál era mi estado cuando ella llegó, porque no me gusta hacer reír a la gente. Me limitaré a copiar nuestro diálogo.

ELLA. — Buenas tardes, William.

Yo (después de tragar mucha saliva). — Buenas tardes.

ELLA. — ¿Le he hecho esperar mucho?

Yo. — ¡Oh, muchísimo!... Es decir, muy poco. Quiero decir que cada minuto me han parecido sesenta segundos..., ¡digo!, sesenta años.

ELLA. — Pero al fin he llegado y aquí me tiene usted.

Yo (estúpidamente). — Ni más ni menos.

(Dos minutos de pausa.)

ELLA (piadosamente). — Pues yo me he dicho: voy a ver qué quiere el amigo William.

(Tres minutos de pausa.)

ELLA. — El caso es que tengo que estar en la academia a las cuatro.

(Cuatro minutos de pausa.)

ELLA. — Se me hace tarde. Lo mejor será que dejemos la conversación para otro día.

Y se fué.

Estuve toda la tarde como si me hubieran apalado botones de fuego. Cuando llegué a casa, escribí una larga carta diciéndole todo lo que de palabra no le había sabido decir.

Pero esa carta no fué cursada nunca. La llevé algunos días en el bolsillo y acabé por romperla. No volví a ver a F. Aun debe de durarle la risa.

EN HOLLYWOOD

CONFIDENCIALMENTE sabemos que el gran dermatólogo especialista en belleza Dr. Fleming, ha embellecido a multitud de artistas de la pantalla con sus sabios y sorprendentes productos.

Así lo atestiguan las grandes estrellas Clara Bow, Jeanette MacDonald y Nancy Carroll en el precioso e interesante librito «La clave de la belleza», cuya edición española acaba de llegar a nuestras manos, y que el Instituto de Belleza del Dr. Fleming en Barcelona, Cortes 648, manda gratuito y certificado a quien lo solicita mediante envío de 0'30 pesetas.



Tercer concurso organizado por FILMS SELECTOS

Como quiera que el anterior Concurso resultó mucho más complicado y difícil de lo que suponíamos y pretendíamos, hemos decidido organizar uno nuevo que creemos es mucho más atractivo y sencillo sin dejar de ser muy cinematográfico, el cual se regirá por las siguientes:

BASES

1.ª — Este Concurso consiste en acertar a qué película pertenecen cada una de las doce escenas cuyas fotografías publicaremos en números sucesivos, y a ser posible cuáles son los principales intérpretes de las mismas escenas.

2.ª — Las soluciones deben indicar el conjunto de títulos y los actores, o algunos de ellos, de cada fotografía.

3.ª — Con cada solución deben venir, pegados en la misma, los cupones que publicaremos en cada número hasta terminar este Concurso, y en forma bien legible, al pie de ellos, el nombre y las señas del concursante, además de la firma del mismo.

4.ª — Se concederán los siguientes premios:

- 1.ª — Un reloj pulsera, marca oriovert, en oro garantizado por el almacén de relojes J. M. Portusach
- 2.ª — Una máquina fotográfica para película, marca Quillet, tamaño 6 X 9 — Optica Rodenstock Trinar
- 3.ª — Un estuche de manicura especial
- 4.ª — Un lindo estuche de perfumería
- 5.ª, 6.ª y 7.ª — Premios de las casas Paramount, Metro Goldwyn Mayer, e Hispano Fox Film, consistentes en una colección de 10 fotografías de artistas, de cada una de dichas productoras.

5.ª — Estos premios se sortearán entre todos los que envíen la solución completa y exacta, ajustándose además a lo indicado en la base tercera.

6.ª — En el caso, no probable, de no recibir ninguna solución completa, se sortearán los premios entre los que más número de escenas hayan acertado.

7.ª — Se pueden enviar cuantas soluciones se desee, pero si un mismo concursante enviara varias exactas, únicamente será válida una de ellas.

8.ª — Las soluciones pueden dirigirse hasta el 30 de septiembre al administrador de FILMS SELECTOS, Diputación, 219, Barcelona.

9.ª — No sostendremos correspondencia acerca de este Concurso.

Tercer concurso
de
Films Selectos

CUPÓN
N.º 19



FILMS SELECTOS



Ramón Pereda y Lupita Tovar en "Carne de cabaret". Film dialogado en español de Columbia Pictures.



Ramón Pereda, Lupita Tovar y René Cardona en el film dialogado en español, de Columbia, "Carne de cabaret". Versión aún superior a la inglesa, que ha llamado la atención por su perfección.



Ramón Pereda y Lupita Tovar en "Carne de cabaret". Film dialogado en español de Columbia Pictures.

LA HISTORIA BREVE DE "CARNE DE CABARET"

BÁRBARA O'Neil está enamorada del joven Eddie Miller. Su cariñosa adhesión al joven la impulsa a preocuparse de los problemas financieros que afligen a aquél. Y en un raptó de generosidad, la joven le da el dinero para que pague sus deudas, le consiga trabajo y, por fin, le ofrece lo más preciado de cuanto posee: su juventud gloriosa y su vida, constituyendo en casarse con él...

Todo marcha bien durante una temporada. Bárbara ha dejado de trabajar en la Academia de bailes donde antes se ganaba la vida.

Pero Eddie, cansado pronto de la apacible existencia al lado de Bárbara, comienza a jugar al peligroso juego de las cartas y del amor...

Se reúne con antiguos conocidos, apulentos y sin escrúpulos, y pronto está de nuevo cargado de cuentas adquiridas frente al tapete verde, que envuelven sombríamente su porvenir y el de la joven e inocente esposa...

El empleo de que goza Eddie lo debe a Bradley Carlton, admirador antiguo de su mujer, aunque esta admiración se basa en la más absoluta y respetuosa de las afecciones. Bradley mismo ignora que aquel joven sea esposo de la mujer a quien admira, pero le ha dado el destino por complacerla a ella, que lo ha pedido «para un amigo».

Eddie va descendiendo rápidamente a todos los abismos. No puede pagar sus deudas de juego y, como último recurso, comienza a tomar subrepticamente dinero de la caja en la oficina donde presta sus servicios.

Se acerca la fecha en que tendrá que rendir cuentas y la perspectiva de la cárcel lo amenaza sin piedad...

Le confiesa a Bárbara su fraude, y la joven, al saber que su esposo ha tomado cinco mil dólares y que está en peligro de perder su libertad, en vez de reprimirlo, lo complace y se propone ayudarlo a salir de aquel conflicto.

Esa misma noche va a casa de su amigo Bradley con el propósito de pedirle aquella cantidad como préstamo especial a ella... Bradley Carlton no se encuentra en su casa y la joven determina esperar a que regrese. El sueño la vence y se duerme en el sofá, en el apartamento del joven millonario.

Cuando éste regresa, su sorpresa es enorme. Por un momento cree que la joven ha ido a entregársele... Pero al despertar, Bárbara le explica su pretensión y los motivos por qué está allí.

Momentáneamente, el joven Carlton trata de hacerse pagar aquel favor con el amor; pero su naturaleza generosa y caballerosa le hace desistir de aquellos propósitos y le entrega a la joven el dinero, después de saber la triste historia del matrimonio de la mujer a quien tanto admira...

Eddie toma el dinero que su mujer le entrega. Cuando ha solucionado su problema y la fatídica amenaza de ir a la cárcel ha desaparecido de su camino, tiene la cobardía de acusar a Bárbara cruelmente de haber conseguido aquel dinero al precio de su virtud...

Bárbara comprende la bajeza de aquel individuo al que ha unido su vida por compasión y equivocado sentimiento de amor, y se separa de él, despreciándolo con toda su alma...

Obligada por la necesidad de vivir, Bárbara vuelve al cabaret donde antes trabajaba...

Allí vuelve a encontrarse con el millonario Bradley Carlton. Este la convence de la sinceridad de su amor, y comprendiendo la joven que este hombre, con dinero, posición social y cuanto un individuo pueda desear, la ha tratado, sin embargo, con el máximo respeto, acepta sus proposiciones y la futura felicidad que le ofrece...

Un viaje a París para alejarse del lugar donde tanto ha sufrido la joven..., un viaje a la villa de la luz y la unión con el verdadero compañero, y circunstancias que se dejan para sorpresa del espectador, ponen cima a esta obra que la «Columbia» presenta a los países latinos bajo el título de «Carne de Cabaret».

Cuál es la misión de la muchacha "Carne de cabaret"...

por Mary M. Spaulding

No se conoce en todos los países lo que es una Academia de Baile. La misma palabra «Academia» sugiere un lugar donde se adquieren conocimientos de esto o aquello, atendido por profesionales en el ramo en cuestión.

Pero no es ciertamente la Academia de Baile de los Estados Unidos donde las muchachas van a aprender los graciosos movimientos clásicos, exquisitos y alados que la convertirá en su día, de acuerdo con la intuición y talento que posea, en digna discípula de Terpsicore.

La Academia de Baile que ha inspirado esta película de la «Columbia», conocida en la versión inglesa como «Ten Cents A Dance», y como «Carne de Cabaret» en español, es un lugar de explotación por parte de sus dueños y donde cualquier tipo de la sociedad, provisto de un ticket de diez centavos, puede entrar y aprisionar entre sus brazos a las muchachas que se ganan allí la vida, moviendo los pies al compás de algún jazz chillón y enervante o de un vals dulzón y voluptuoso...

No hace falta invitación. La taquilla por donde pasan los dineros se encarga de dar al cliente la mejor credencial. Cada pieza vale diez centavos. La muchacha, la carne de cabaret que atrae al marchante, se encarga de cobrar el ticket amarillo que ya ha sido el mágico «sésamo ábrete».

No importa que se trate de un mariñero, cuyos movimientos sugieren inmediatamente la profesión, con su caravana de puentes, cubos, cuerdas, etcétera; no importa que el individuo esté beodo y que los pies hagan zig-zags y los brazos, sudorosos y repulsivos, enlacen torpemente el delicado talle de la muchacha. Hay que bailar con el que tenga su ticket de entrada. El señorito bien que entra por casualidad para distraer su aburrimiento de «clubman»; el transeúnte ignorante de la ciudad y atraído por el nombre borracho de luz con que la Academia anuncia sus diversiones interiores a tan módico precio... todo el que compra un boleto puede entrar y divertirse con la joven que haya atraído sus miradas... Si ha adquirido diez boletos bailará diez danzas con ella... o armará un escándalo mayúsculo que la dueña del establecimiento no puede tolerar. Naturalmente, el cliente siempre tiene razón. La muchacha que, por muy remilgada o por muy cansada y

(Continúa en la página 24)



Una escena de la película dialogada en español «Carne de cabaret» de la Columbia Pictures.



Ramón Pérez y Lupita Tovar en «Carne de cabaret», film dialogado en español que ha producido Columbia Pictures.



Ramón Pérez y René Cardona en «Carne de cabaret». Film dialogado en español de la Columbia.



Lysol

ANTISÉPTICO IDEAL DE OLOR AGRADABLE
PARA HIGIENE ÍNTIMA FEMENINA

(lavados diarios en soluciones al 1% una
cucharada por un litro de agua
tibia). Contra flujos y enfermeda-
des de la matriz. Granos, llagas
heridos. No mancha ni irrita.

ELÍXIR DENTÍFRICO
JABÓN ANTISÉPTICO

JOE E. BROWN

(Continuación de la página 22)

las que se distinguió mucho, sobre todo en «Listen Lester», «Jim, Jam, Jem», «Betty Lee» y «El capitán Jinks».

Hallándose en Los Angeles con su compañía, se le presentó la primera ocasión de trabajar para la pantalla. Esto era en 1928, y su primer film fué «No se gana con trampas», que, según él, es su peor película, siendo «Lléveselo todo» la en que supone haber estado mejor. Como la mayoría de sus colegas, prefiere la pantalla a la escena, porque deja más tiempo libre para disfrutar de la vida de familia. La suya se compone de su esposa y de sus hijos José Don y Mariana Isabel.

Declara que es hombre activo y que le gusta el trabajo. Si por causas imprevistas tuviera que abandonar la pantalla y la escena, no sabría qué hacer, pues no habiendo descansado nunca, la vida inactiva le parece horrible. Sus actores favoritos son: en el cine Charlie Chaplin y Gloria Swanson, y en el teatro John Barrymore.

Ha viajado por todos los Estados de la América del Norte, así como por México y China, y tiene esperanza de que algún día podrá conocer Europa. Se viste en Nueva York donde tiene por amigo a un buen sastre. Su color predilecto es el de su apellido (marrón — brown).

No hace ningún ejercicio especial para conservar la agilidad. Afirma el artista que su trabajo se encarga de impedir el que se le entorpezcan las coyunturas. Su actuación en el cine le ha obligado a aprender muchos deportes, entre otros fútbol, boxeo y esgrima. Mas por gusto sólo juega a baseball.

Le desagradan las visitas por la mañana, pero en cambio le encanta el que le despierten sus hijos, y el jugar con ellos, olvidando a veces la hora de marchar al estudio.

Brown no es aficionado a la literatura; afirma con la mayor formalidad, que para obra seria le basta con la Biblia y para lectura amena, nada hay que le guste tanto como los cuentos de Grimm.

Joe posee dos autos de precio moderado, y gusta de vivir con decoroso desahogo, pero haciendo cuantiosas economías, que administra con acierto evitando gastos inútiles. No oculta que el medio ambiente de miseria en que ha vivido le ha enseñado a hacer lo posible para asegurar el porvenir de su familia.

No le importa que se le califique de vulgar, pero se rebela si se emplea la palabra «feo». Cuando ve un retrato suyo, suele exclamar «¡Dios mío! Este no debo ser yo... No es posible que exista semejante cara.»

Joe E. Brown mide 1'70 metros de estatura y pesa 75 kilos. Tiene el cabello oscuro y los ojos azules.

Actualmente está contratado por la First National Pictures, y sus últimos triunfos han sido «A toda prisa», «Lléveselo todo», «¿Será esto amor?» y «Sally».

DUNCAN RENALDO tiene sindicadas a sus admiradoras

(Continuación de la página 19)

—Un hombre que opina de ese modo debía de huir de esta deliciosa compañía. Está usted muy cerca del peligro para no caer en la tentación.

—Al contrario. Estando cerca del peligro lo veo y me re-

traigo. Me gusta la compañía de ellas, por su juventud y su belleza, y en alegre camaradería pasamos el tiempo, que yo, por ahora, no lo cambio por ningún amor.

—El amor es una cosa suprema, es el mejor deleite que nos compensa las penas de vivir la vida — le advierto.

—Indudablemente; pero el amor lleva el amargor de un dolor, que es más fuerte que el mismo amor. Lo sé por experiencia.

—¡Luego hay un motivo para hablar así del amor! —

Duncan mira la hora de su reloj, y como si ésta fuese otra de las condiciones que tienen que acatar las sindicadas, al observarlo, se levantan para marcharse.

Renaldo ha esquivado la conversación, que me parece no le era muy agradable, y se decide a despedir a sus amigas, que se van ataviando ligeramente.

La despedida es fraternal. Abrazos, afectuosos golpes en las espaldas, risas, miradas expresivas, apretones de manos y algún beso en las mejillas.

Como no es oportuno el investigar las causas de que Duncan hable así del amor, me marchó con sus admiradoras sindicadas.

MARIO PALERMO
Hollywood

La historia breve de «Carne de cabaret»

(Continuación de la página 24)

agotada que se encuentre, ha tratado displicentemente al marchante, cargará con las consecuencias. Una reprimenda severa o la destitución.

¿Y por qué las muchachas aceptan este empleo y se convierten en «carne de cabaret»?

¡Ah, existen muchas razones para ello! Unas porque han agotado — tal vez — todos los recursos de conseguir otro empleo; porque hay un hogar en el que esperan una madre y hermanitos que dependen del mísero salario de ella... O porque, embriagada de jazz, intoxicada por el deseo vehemente de bailar, puede allí satisfacer plenamente sus anhelos.

Inquietudes espirituales también, morbosos deseos de co-dearse con la multitud, de observar de cerca a la humanidad, de ver a muchos hombres sin la careta impuesta por los salones elegantes o por la organización bancaria donde trabajan, para penetrar quizás en el espíritu de esta gente: el señorito «bien», o el marino, visitante breve de la tierra firme.

Hay muchas razones. La mayoría de las muchachas que aceptan el empleo en una de estas academias tienen repugnancias físicas y morales; pero, ¿cómo no lleva consigo cada individuo una novela para escribir?

Como en las profundidades abismales del alcohol, en el estrépito del jazz se pueden olvidar muchos dolores y anestesiarse el corazón. En la turbina infernal del baile promiscuo, también algunas muchachas buscan el romance, el príncipe azul que las lleve a desconocidos países de ensueños.

La promesa dulcemente dicha al oído de un amor eterno, el compañero ideal arrojado en el laberinto de aquel caos bullanguero y discordante, incentivos fuertes para ese grupo de criaturas que se convierten en «carne de cabaret», y que dejan allí sus triunfales juventudes o salen del brazo del millonario excéntrico que descubre a la verdadera mujer entre el dudoso ejército de la famosa Academia.

«Carne de cabaret», la película en español de Columbia, es un cuadro gráfico de lo que ocurre en estos lugares.

fuesen a tomar el té a la terraza? En tal caso ella iría a su encuentro.

Isabel comprendió que, de obrar así, serían muy escasas las probabilidades de poder cambiar algunas palabras reservadas con Paolo. No obstante, tenía el mayor interés en verle. La carta que dejó al cuidado del conserje era de tono amenazador. Salvano, en posesión de aquella carta, podría perseguirla, si quería, acusándola de *chantage*, mas Isabel estaba persuadida de que no haría nunca tal cosa. Y aunque estuviese casado, creyó que ella podría arruinarle disponiéndole de un modo definitivo con el viejo Callahan. Si no se había casado aún, tenía la certeza de poder recobrarlo. Tanto mejor si al verla mostraba alguna agitación. Sin duda los Callahan la observarían y a ella le convenía que se fijasen. Se preguntó si Paolo recibiría la carta de manos del conserje y la leería antes de acudir a la terraza, suponiendo que, a pesar de todo, tuviese valor para presentarse. Reconocería la escritura del sobre y en cuanto el conserje le dijera que la había dejado una señora, no hay duda de que se asustaría, pues era un traidor. Isabel

se imaginó que se apresuraría a abrir la misiva cuanto antes. Luego querría retroceder y evitar la ocasión de ver a la mujer cuyo amor había traicionado, o estaba traicionando, aunque en el fondo de su corazón siguiese amándola. Y no hay duda de que no se atrevería a correr el riesgo de permitirle que se encontrase con Rosa Callahan y con el padre de ésta durante su ausencia. Y así, Isabel acabó convenciéndose de que no tardaría en ver a Paolo. Además esperaba que Eustaquio Nazlo se abstendría de acercarse hasta que hubiese terminado la entrevista. Entonces el Rey del Calzado podría reunirse con ella y sería bien recibido.

— Haga el favor de traerme té chino con agua de azahar en vez de leche y nada para comer — ordenó al camarero que esperaba sus instrucciones.

Éste se apresuró a obedecer y mientras la dama lo miraba alejarse, vio a Rosa Callahan en el momento de salir a la terraza.

Tras ella andaba el padre y cerrando la marcha avanzaba Pablo di Salvano.

CAPÍTULO XLII

DESDE alguna distancia, Isabel vio a los tres, si bien sólo miró a Paolo; el moreno rostro de éste se hallaba desenfocado y sus ojos miraban con alguna ansiedad. Era evidente que había leído la carta.

Callahan, hombre de cabeza muy grande y de cuello muy corto, y que tenía el cabello gris y rizado, se dirigió en línea recta a una mesa cuyas tres sillas apoyadas en ésta indicaban que estaba reservada. Parecía malhumorado y tenía el aspecto de un *bull-dog*, según se dijo Isabel, como si la vida le hubiese tratado mal y él se esforzara en mejorar su suerte, aunque sin saber cómo lo-

grarlo. Muy distinto era su talento cuando, por vez primera, llegó del Oeste con Rosa, dispuesto a conquistar Nueva York. Su rostro, de facciones poco pronunciadas, tenía entonces muy buen color y sonreía casi sin cesar, satisfecho de sí mismo y complacido de cuanto poseía, incluyendo en ello a su hija Rosa. Andaba con cierta expresión de fanfarronería, erguido, con la barbilla al aire y mirando a su alrededor para observar si se fijaban en su hija. Ahora, en cambio, andaba taciturno y con la cabeza inclinada al suelo. Incluso el observador indiferente podría haber notado que aquel hombre sufría algún disgusto, e Isabel hizo más que adivinar, pues estaba segura de co-

muturación si podía evitarlo. Tal vez Miles estuviese de mal talante y no quería que se enterase de que aquel griego, bastante conocido, la había encontrado al desembarcar procedente de Marsella. Tampoco deseaba que Nazlo la visitase a bordo del «Silverwood», pero cuando se hubo alojado a bordo de éste (con gran disgusto del capitán Yale), se enteró de que Miles estaba ausente de Argel y por ello mandó un aviso a Nazlo, al hotel mencionado en su último telegrama.

El se hospedaba en el San Jorge e indicó que si la señora Sheridan creía demasiado notorio almorzar con él, podría, en cambio, ir a tomar el té en la terraza. Entonces él pasaría por allá y de esta manera ninguna lengua, por mala que fuese, podría hallar motivo de murmuración y Nazlo añadía:

«Y ahora que hablo de murmuración, es aquí muy abundante con respecto a nuestro amigo el príncipe Pablo di Salvano y los Callahan, de California. Los tres se alojan en el San Jorge y constituyen un grupo muy notable y el centro de la atención general. La joven sigue llamándose «señorita Callahan», si bien todos creen que se ha casado con Salvano y que el viejo ha sometido a prueba al Príncipe durante algún tiempo, como castigo por haber arrancado a Rosa del arbusto paterno. Si no estuvieran ya casados, es indudable que el viejo Callahan mandaría a paseo al Príncipe, porque la verdad es que no existe ningún afecto entre los dos. También puedo decir a usted que se habla mucho de su marido, quien tiene aquí a varios amigos, sin contar los que también lo son de usted. Algunos creen que usted se divorciará de él; otros opinan lo contrario. Mas ninguno sabe quién es la joven que le acompaña, ni tampoco que si usted se conduce con alguna prudencia tendrá a su marido en su poder por completo.»

Esta carta fué mandada a Isabel por medio de un mensajero, a bordo del «Silverwood», poco después de su

llegada allí — a las dos horas escasas después de la partida de Miles con la joven y la señora Harkness en dirección a Boussada. Entonces fué cuando Isabel escribió la respuesta, de la cual Nazlo, después de reflexionarlo muy bien, eligió algunas líneas para recortárselas y mostrarlas a Teresa Desmond.

La evidente repugnancia, aunque respetuosa, por parte del capitán Yale en recibir a bordo del yate a la esposa de su propietario, fué para Isabel una prueba más de que Nazlo le dijo la verdad con respecto a Miles.

No sólo estaba enamorado de la joven Desmond, sino que Yale se había enterado de ello. Si Isabel no hubiera estado de mal humor, habría sentido cierta maliciosa diversión cuando Yale le recomendó las mayores comodidades de un hotel en Argel. Díjole que era preciso limpiar el yate de punta a punta, aprovechando la ausencia del señor Sheridan y, como es natural, no se esperaba que mientras tanto se alojase nadie a bordo. Ya se comprende que el caso de la señora Sheridan hacía una excepción. Y si se resignaba a sufrir las molestias de la limpieza, él no tenía nada que objetar. Aun así, veíase obligado a telegrafiar en el acto la noticia de que la señora se había alojado a bordo, a pesar de su consejo en contra.

— Dígame dónde está mi marido y le telegrafiaré yo misma — replicó Isabel.

Pero el capitán Yale se excusó. Ni aun a la señora Sheridan podía revelarlo sin ser antes autorizado por el dueño del yate.

— Sin necesidad de que me lo diga, pronto sabré dónde se halla — replicó ella confiada de que lo averiguaría por medio de Nazlo, quien, en su carta, le dió a entender que estaba haciendo indagaciones.

— Muy bien, señora; en tal caso podrá usted escribir o telegrafiar tantas veces como quiera al señor Sheridan — replicó Yale con acento imperturbable, que disimulaba cierta agitación.

Isabel se encogió de hombros y dijo:

— Poco me importa que le telegrafe usted o no. Mi marido se apresurará a venir en cuanto se haya enterado de mi llegada. Y yo, mientras tanto, me alojaré con la mayor comodidad en mi lindo camarote, del que me acuerdo muy bien, hasta que él llegue. En cuanto a mi doncella, ya le buscaré alojamiento a bordo.

Estas palabras constituían una amenaza velada, pero el capitán Vale no podía, como se comprende, desembarcar por fuerza a la esposa de su jefe, no habiendo recibido órdenes para hacerlo así. Y mientras permaneciese a bordo, representaría a su propietario.

Como Vale era hombre listo y conocía algo a las mujeres, pudo adivinar que la señora Sheridan se figuró que su camarote, el más lujoso de a bordo, había sido destinado a la pasajera. También se dio cuenta de que sufrió una especie de desilusión al ver que no le habían inferido semejante insulto. Y aunque estaba enojado contra ella, el capitán se regocijó al darse cuenta de la expresión del rostro de la señora al ver que su camarote estaba bien cerrado y con los muebles cubiertos por fundas, lo cual demostraba que lo habían respetado en memoria de su luna de miel.

Isabel no podía viajar sin contar con el auxilio de una hábil doncella que estaba ya acostumbrada a ella, del mismo modo como un perrito pekinés no habría sido capaz de regresar a China a pie. Se trajo, pues, de Nueva York a su doncella confidencial, una parisien que tenía todos los conocimientos profesionales y ninguna capacidad para la gratitud o el afecto. Estelle conocía todos los secretos que a su señora le convenía que supiera, y también otros que no resultaban ya tan convenientes. Era, además, una muchacha dotada de una gran capacidad para la ironía, de la que dio buena prueba al visitar los camarotes con *madame*.

Había la habitación de *monieur*, que contenía muchos artículos de toi-

lette, como era de esperar, dada la corta ausencia de su ocupante; otros camarotes no habían sido ocupados, y en uno de ellos encontraron numerosos y lindos objetos. Este último fue el que Isabel ordenó reservar para su doncella.

— Ponga usted todo eso en el camarote de la señora Harkness — ordenó con las mejillas sonrosadas y los ojos brillantes.

Estelle pensó, muy divertida, que nunca vió a su señora con un aspecto tan vulgar.

— Perdóneme, *madame* — se apresuró a contestar haciendo esfuerzos para no guiñar los ojos —. No soy muy delicada en cuestión de alojamiento. Este armario está muy lleno y además hay un baúl debajo de la cama. El pequeño camarote inmediato al de *madame* Harkness será suficiente para mí y...

— ¡Haga usted lo que le mando! Este camarote está más cerca del mío y prefiero que lo ocupe usted.

— Como quiera, *madame* — replicó Estelle con humildad, aunque regocijándose por el exceso de cólera en que había caído su señora —. Sólo quería indicar a *madame* que, por mi causa, no había necesidad de tanta molestia.

Cuando Isabel, su doncella y el equipaje llegaron a bordo del *Silverwood* eran las doce del día. La primera no tenía apetito; en cambio, le dolía la cabeza y se sentía muy débil, de modo que ordenó que le sirvieran el almuerzo cuanto antes. Comió muy poco, pues se limitó a tomar un poco de panecillo, una pequeña porción de *viz de veau*, exquisito, y se bebió varias copas de champán. Aquel vino frío y espumoso le calmó los nervios, como se había propuesto (desde luego había otra cosa mejor, pero carecía de ella o apenas tenía ninguna provisión hacia ya algunos meses), y soñolienta por no haber dormido durante la noche anterior, escribió unas líneas y luego se tendió para dormir por espacio de una hora.

Estelle recibió la orden de llamar

a su señora a las tres, y llegada esta hora se apresuró a obedecer.

— *Madame* tiene mucho mejor aspecto! — exclamó la francesa en cuanto hubo corrido las cortinas.

— ¡Lo tenía malo antes! — preguntó Isabel con cierta acritud, porque deseaba, con toda su alma, estar aquel día mejor que nunca.

— No, *madame*. Tan sólo un poco pálida y fatigada. El descanso ha beneficiado mucho a *madame*.

A las cuatro de la tarde, Isabel se había vestido un traje elegantísimo, de punto de seda, de un tono pálido, amarillento, semejante al color de su cabello. Llevaba una toca parisien, cuyo color armonizaba con el traje, con adornos de color turquesa, semejante al de sus ojos. Calzaba zapatos de piel de Suecia y medias del mismo color que el vestido. Y cuando media hora más tarde la dejó un taxi a la puerta del Hotel San Jorge, su linda figura vestida de amarillo parecía ser iluminada por el sol de la tarde.

Hasta entonces no hubo ningún escándalo declarado con respecto al *flirt* de Isabel Sheridan con Paolo di Salvano o con otro cualquiera de los hombres a quienes favoreció, y por consiguiente tenía la convicción de que la escandalosa conducta de su marido había hecho de ella una figura simpática. Sentíase muy desgraciada a causa de Paolo, mas a pesar de eso experimentó una emoción placentera al poner el pie sobre la terraza. Se juzgó muy hermosa, mucho más que cualquiera de las mujeres sentadas a las mesas, que la miraban al pasar. Si Rosa Callahan estuviera allí con Paolo, él no podría dejar de advertir el contraste entre las dos; es decir, entre la mujer exquisita, vestida con mucha elegancia, a la que amaba, y la muchacha vulgar, a la que buscó por su dinero.

No se sintió molesta por las miradas que le dirigían. No tenía ninguna razón para dudar que no la viesen. Saludó moviendo la cabeza a las cuatro o cinco personas de Nueva York a quienes conocía, sonriendo de un modo dulce y triste a la vez y deseando que sus ojos tuviesen una ex-

presión trágica. Sus amigos se pusieron en pie para saludarla; algunos la invitaron a tomar el té con ellos, pero Isabel rehusó con mucha amabilidad. Dijo que esperaba la posible llegada de su marido. Había desembarcado aquella mañana con objeto de sorprenderle, pero él se había ausentado aquel día, porque no la aguardaba tan pronto. Sin embargo, podía ser que volviera de un momento a otro, con objeto de encontrarla, y por eso ella dejó aviso a bordo acerca del lugar en que se proponía pasar aquella tarde.

— ¡Pobrecilla! ¿Será posible que no sepa nada? — se decían las mujeres alóidas —. ¿Qué disgusto tendrá cuando se entere!

Uno o dos se fijaron, también, en la extraña coincidencia de que el príncipe Paolo di Salvano estuviera en Argel en aquellos momentos, recordando que se habló mucho de él y de la pobre Isabel antes de iniciarse el asunto con los Callahan. Y todos estaban algo excitados, preguntándose qué sucedería. Decíanse que tal vez no pasaría nada, pero en su interior anhelaban algún suceso, con la misma expectación que se experimenta antes de levantarse el telón en una representación de *Gran Guignol*.

Isabel indicó a un camarero admirador una mesa servida para dos y se sentó con objeto de mirar tristemente la extensión amoratada de la balsa. El aspecto de su rostro parecía indicar que en aquellos momentos pensaba: «¿Por qué será el mundo tan hermoso y en apariencia tan feliz, cuando yo estoy tan triste? Mas bajo aquella atractiva expresión se preguntaba si tardarían en aparecer Salvano y los Callahan o, por lo menos, él y Rosa.

Al entrar en el hotel, se detuvo un instante para interrogar al conserje. Escribió unas líneas con objeto de que las entregasen al príncipe Pablo di Salvano. ¿Seguía hospedándose en el San Jorge? ¿Sí? ¿Y *monieur* Callahan y *mademoiselle*, su hija, de California? ¡Ah! ¡Muy bien! Desde luego daría la carta al conserje, pero ¿creía éste posible que el Príncipe y sus amigos

ALBUM DE
FILM SELECTO

Filmoteca

De Cinema



HARRY LIEDTKE



VILMA BANKY